

Alejandro Magno visita a Diógenes

Una historia interpretada por Shambhavi Christian

Se podía ver a Diógenes la mayoría de los días recostado en la vivienda que había elegido: un barril de arcilla. Así era la manera en que pasaba la mayor parte del tiempo uno de los más eminentes filósofos de la antigua Grecia: sentado dentro de un barril vacío en la periferia de Corinto, en compañía de los perros del rumbo y recibiendo un flujo continuo de visitantes que buscaban respuestas a todas sus preguntas sobre la vida.

¿Por qué un barril? Bueno, esto era solo una de las excentricidades de Diógenes. Así como era apreciado por su sabiduría, también causaba gracia y temor debido a su comportamiento poco convencional. Por ejemplo, Diógenes despreciaba todo aire de lujo y vivía solamente con lo indispensable. A menudo se iba a los extremos para poner el ejemplo a los demás. De ahí el barril.

Diógenes creía que la felicidad podía encontrarse en la libertad personal, viviendo de manera auténtica, y hablando con verdad. Se sabía que caminaba por las calles alumbrando el rostro de los transeúntes con la luz de una lámpara o de una vela, diciendo que buscaba a un hombre honesto, a un ejemplar de verdadera humanidad.

Por supuesto, las noticias sobre este peculiar maestro llegaron al soberano del reino, Alejandro Magno. Este audaz joven conquistador había ascendido al trono a la edad de veinte años, y había creado uno de los imperios más grandes del mundo. No obstante, en aparente contraste con su desmesurada ambición e inigualable poder, Alejandro también tuvo desde siempre alto interés por la filosofía. Quería aprender sobre la naturaleza de la realidad.

Tan pronto como se convirtió en rey, los filósofos y estadistas de todo el territorio llegaban en tropel a la corte de Alejandro Magno en Atenas para inclinarse ante él, y conseguir sus favores a través de regalos espléndidos y elogios. Alejandro escuchó acerca de Diógenes a través de esos visitantes. ¡El joven estaba intrigado! Esperó con gran expectativa a que Diógenes también apareciera en la corte. Esperó, y esperó.

Pero el viejo filósofo no tenía el más mínimo interés en el nuevo soberano. Diógenes permaneció en Corinto, pasando sus días feliz en su barril.

Finalmente, Alejandro decidió que la única manera pertinente al caso era viajar a Corinto. Partió un día con su comitiva real. En el camino, sus consejeros trataron de prepararlo para la reunión. —Su majestad, —decían. —Diógenes es un hombre muy extraño. Es irascible. Rechaza las normas sociales. Detesta la riqueza y el poder. ¡Vive en un contenedor! Quién sabe qué podrá decir o hacer.

Pero cada palabra de advertencia solo estimulaba el interés del rey.

Ahora, en ese día en particular, Diógenes había decidido dejar su barril y acostarse a la vera del camino para disfrutar el cálido sol griego. Satisfecho, se deslizaba hacia el sueño cuando escuchó el sonido de una procesión que se acercaba: la algarabía de cuernos y gaitas, la cadencia de los tambores, y el golpe seco de los cascos de los caballos en el lodo.

Diógenes se elevó sosteniéndose en un codo y miró hacia el camino. Entre remolinos de nubes de polvo, pudo ver los estandartes reales ondeando en el aire. Se recostó de nuevo.

Cuando el rey y su comitiva se acercaban al lugar donde el filósofo descansaba, uno de los guardias exclamó: —Ahí está. Se detuvieron. El rey Alejandro desmontó y caminó hacia el hombre recostado.

Diógenes miró al joven monarca que estaba parado frente a él. Observó la espléndida capa, el casco brillante, el aire majestuoso.

Alejandro presentó sus respetos a Diógenes, y luego expresó:

—¡Soy Alejandro, el gran rey! He venido desde mi corte en Atenas para conocerte y obtener conocimiento de ti. Primero quiero preguntar, ¿hay algo que tú quieras de mí? Tengo todos los recursos de este reino a mi disposición. ¿Hay algo que te pueda dar, algo que pueda hacer por ti?

—Sí, —respondió Diógenes, —sí lo hay.

El rey mantuvo la respiración, a la expectativa.

—Puedes hacerte a un lado. ¿No ves? Estoy disfrutando el cálido sol griego. Y tú estás tapando ese sol.

Se hizo un silencio total en el grupo.

Después de unos segundos, el ego del rey se recuperó del golpe del mandato de Diógenes, y en silencio se hizo a un lado. No bien se hubo quitado del camino, los gloriosos rayos del sol fluyeron una vez más hacia el filósofo, cuyos ojos centelleaban con suave deleite.

Alejandro se despidió de Diógenes y el grupo se dirigió a casa. Cuanto más reflexionaba en el encuentro y en el conocimiento que había recibido, más crecía su admiración por este maestro tan peculiar.

Durante el viaje, Alejandro escuchó a sus cortesanos burlarse del anciano. Se volvió hacia ellos y dijo: —Si yo no fuera Alejandro, desearía ser Diógenes.

Después, cuando Diógenes escuchó sobre aquello, comentó: —Si yo no fuera Diógenes, también querría ser Diógenes.

